

FOTOS

**THRILLER DE
UNA CRÓNICA
SOCIAL**

JOSÉ LEÓN

Platero
COOLBOOKS 

Título: Fotos

Primera edición: marzo, 2026.

© 2026, del texto José León.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 855-2026

ISBN: 979-13-87720-83-4

*Para Elena, Julia y Marina,
pacientes oidoras de mis primeros pinitos.*



*Cuando estés en el ring sentirás un pinchazo,
es el orgullo que te quiere joder.
—Pulp Fiction*



ÍNDICE

I Fotos viejas y fotos nuevas.....	11
II Fotos y radiografías	37
III Jugando a detectives	85
IV Un mal jugador de póker	139
V La foto más terrible	171
VI Fotos y dados	199
Epílogo	255



I

FOTOS VIEJAS Y FOTOS NUEVAS



1

La noche en la que llamó Cueto, estaba sentado ante la mesa del comedor. Me sentía cansado y hundido, un aviso del banco me había informado de que los números rojos de mi cuenta ascendían a galope tendido, y varias facturas se acumulaban. Había hecho una lista en la que detallaba mis posibles fuentes de trabajo: una traducción o una corrección de estilo en ediciones Marte, alguna traducción para una agencia con prisas; un artículo para la revista del barrio, en la que trabajaba el Tito, compañero de siempre del colegio de curas y de borracheras adolescentes... Al final de la lista, con una separación más amplia que los otros, «Sondear a Miguel (folletos)». Había ido marcando con una, dos o tres estrellas las posibilidades que tenía en cada uno. Al día siguiente me pondría a hacer las llamadas... O mejor aún, me pasaría por la editorial, o por el bar de al lado a la hora del bocadillo, no, a la del aperitivo. Por la tarde, a eso de las ocho, me dejaría caer por el Viejos Rockeros para invitar al Tito a un cubatilla y sondearle, sin apretar. El Tito siempre me sacaba alguna cosa, aunque tuviese que suplicarle, como meses atrás, cuando me acabó ofreciendo revisar las galeras de la cartelera y los anuncios de la revista... El recuerdo me provocó un escalofrío, como un latigazo por la médula espinal. Es difícil hacerse a la humillación, incluso con toda la práctica que yo llevaba a cuestas. Pero todo antes que volver a pedirle algo a Miguel.

Y entonces sonó el teléfono: «¿Qué tal, Carlos?, ¿cómo

vas de trabajo?». Igual que años atrás, Cueto, con su voz melosa de falsa jovialidad, volvía a despertar en mí esperanzas e inquietudes, sentimientos contradictorios pero frecuentemente inseparables. No me dio tiempo a responder. Con tono animado, amistoso pero profesional, pasó a explicarme: «Ha salido algo... yo creo que te puede ir bien, no es propiamente de la revista pero está relacionado; vamos, si tienes tiempo...». «¿De qué se trata?». «¿Sabes quién es el conde Brodsky?». «¿El famoso?».

Exacto, el famoso, el rey de la noche y de la prensa rosa, un donjuán de moda: trajes de Armani, cenas de gala, veraneos en yate, fiestas de la *jet*... la más larga lista de examan-tes y la más alta tarifa de exclusivas en la revista del corazón de más tirada en el país, que dirigía, desde la sombra, Anselmo Cueto, el gran amigo de mi padre, el hombre que me iba a dar su apoyo, el cerdo que me usó, me quemó y me dejó tirado; y ahora me llamaba, jovial y amistoso, para ofrecerme un trabajo que, como años atrás, «me podía ir bien». Un vistazo a la lista que clareaba sobre la mesa del comedor me hizo comprender que esa vez también tendría que comerme mi orgullo, por muy doloroso que fuera, y no solo aceptar el trabajo de Cueto, sino, además, darle las gracias.

2

Cueto me citó al día siguiente en un restaurante selecto pero discreto; llegó tarde con gesto y ademanes de hombre ocupado, apenas me saludó y se puso a llamar por el móvil: «Sí, vale... No, no, de ninguna manera... Bueno, en tus manos, pero te hago responsable...». Luego se peinaba el pelo hacia atrás al tiempo que resoplaba con aspecto de hombre en las últimas. Pedía una cerveza al camarero, daba un largo trago y se recuperaba: se recomponía el nudo de la corbata, sonreía, alineaba los cubiertos en paralelo con el plato, engullía un trozo de pan y empezaba a discursar. Así era Cueto, puro teatro; había presenciado ese y otros números parecidos infinidad de veces y nunca había dejado de impresionarme. Supongo que el muy cerdo lo sabía y lo seguía explotando.

Se trataba de escribir una biografía, «Bueno, unas memorias», apuntó Cueto, del tal conde Brodsky, el famoso de turno. «Más que un libro en toda regla», explicó Cueto con solemnidad afectada, «es un folletito de unas cien páginas con mucha foto. Aún no está claro cómo saldrá: puede ir como suplemento a un número... O a lo mejor se inicia una colección independiente de la revista». Cueto siempre hablaba en impersonal cuando se trataba de decisiones en las que no quería mojarse. «En todo caso, se pagará bien, aún no te puedo dar una cifra, pero no tendrás queja. Además, un tío como tú, con las tablas que ya tienes, lo despacharás en un plas» y aquí alargó el brazo para palmearme el

hombro campechanamente. Las palabras de Cueto sonaban en mis oídos con los sonsonetes habituales: inquietud e ilusión, ilusión e inquietud. Cueto tenía esa habilidad: demasiadas veces me había prometido el oro y el moro, y luego había salido apaleado. Con Cueto siempre acababas de puta y pagando la cama.

Llegados a los postres, después de una charla insustancial con ecos de mundano de veinte años atrás: fútbol, política, el trabajo... deslizó por encima del mantel un dossier bastante abultado con recortes de revista. Tras hojearlos por encima deduje que todos trataban sobre el tal conde Brodsky. «Échale un vistazo, familiarízate con el personaje. Cuando te hayas hecho una idea, me llamas. Te lo presentaré... ya verás, es un tipo curioso».

Ya en casa le eché un buen vistazo al dossier. Los primeros recortes situaban al conde en el mundo de la moda: había llegado a España en los primeros años de los ochenta, como directivo de una importante empresa de moda italiana. En las fotos lucía un perfil apolíneo, fino y selecto, con una perilla muy cuidada que le daba un aire de «cierta alcurnia», según afirmaba una prestigiosa cronista de sociedad. Siempre embutido en un traje de Armani con la naturalidad del que va en chándal. Se le veía en la inauguración de un local, en un desfile de modas, en varias cenas y fiestas de la alta sociedad. Pronto el ámbito laboral se desvanecía y su vida social ascendía a primer plano: salía con una modelo, luego con una presentadora de TV, luego se casaban, tenían un niño, lo llevaban a la playa, lo llevaban a esquiar, seguían asistiendo a cenas... El primer escándalo: una modelo, muy joven, separación. Luego parece que se recupera: nos enseña su nueva casa, de vacaciones con la modelo... Más adelante una separada, también famosa. Rumores varios: una actriz, una cantante, otra famosa sin especificar. La madre de su hijo declara que no es un buen padre, él replica en la prensa y en TV, rosas por supuesto; intercambian reproches,

intercambian ofensas, intercambian insultos. Más rumores: una maquilladora de una cadena de televisión declara que la violó; él lo niega y la acusa de «putón verbenero», la cosa degenera cuando ella lo acusa de impotente y él replica que «se la tiró por pena». Se va de vacaciones, abre una cadena de restaurantes, la firma de ropa ya había pasado a la historia tiempo atrás. Explica a la prensa que, pese a las mujeres que le rodean y su éxito social, se siente muy solo, adopta un aire melancólico, vestido elegantemente de *sport* en la terraza de una villa mediterránea, con la mirada perdida en el horizonte. Más de lo mismo.

Mientras revisaba los distintos recortes, no podía dejar de repasar mentalmente la factura de ese ritmo de vida y compararlo con mi magro presupuesto de eterno «colaborador editorial autónomo que está pasando por un bache». Veía los trajes, las cenas, los coches, los viajes, los hoteles, los modelos y las actrices. Lo comparaba con mi vida: mi armario surtido con ofertas de las rebajas, mi piso destartado y sucio, mis vacaciones que se habían fusionado con los periodos de no trabajo. El contraste incidía más en la humillación a la que debería estar acostumbrado, pero que aún me provocaba un escalofrío de desagrado... Y, por detrás de esa humillación y el agudo pinchazo que me causaba, se movía difusa e inasible la figura cínica de Cueto.



3

«¡Mi *querrido* amigo! ¡No *zabe* cómo me *alegrra co-nozerle!*», me saludó el conde con mundana cordialidad en el restaurante en que habíamos quedado con Cueto, días después del anterior encuentro, cuando yo le dije que «ya me había formado una idea del asunto».

«Ponte el traje bueno, porque tendrás un traje bueno, ¿no?», me había dicho Cueto, y el comentario fue una punzada que reunía muchas humillaciones juntas. Le hice caso y me presenté en el local afeitado, duchado, y con la corbata lo mejor anudada que pude, aunque el resultado no fuese para tirar cohetes. Cueto ya estaba allí. Cosa rara en él, deferencia hacia el conde, supuse. Me esperaba acodado en la barra con un traje más desaliñado que el mío y la inevitable cerveza ante sus narices. En cuanto llegué me saludó con un ademán y me recompuso el traje como a un niño antes de entrar en misa. «Bueno, tú no hables mucho, no te mojes, deja que yo lleve el asunto. Ah, y no te pases con la bebida». Este último comentario, destinado sin duda a hacerme sentir mal, inseguro, a prueba... logró su efecto, por lo que me maldije a mí mismo una vez más: aun conociendo todas las mañas de Cueto mejor que nadie, una y otra vez volvía a caer en ellas.

Cuando llegó el conde, enfundado en un traje de diseño, sonrisa en ristre, suscitando la curiosidad del elemento femenino del local, Cueto se levantó del taburete y se dirigió hacia él con una mueca que pretendía ser una sonrisa y la

mano alargada, en un gesto franco que no le había visto en los veintipico años que le conocía.

La cena fue un derroche de elegancia y buenas maneras, repleta de comentarios mundanos que satisficieron nuestra curiosidad respecto a los gustos del conde en cuanto a pistas de esquí: «En los Alpes suizos, ¡sin lugar a dudas!», gastronomía: «Créame, amigo mío, Maxims sigue siendo Maxims», turismo, coches... Consecuente con su fama de donjuán, el conde se dignó disertar sobre una «etnografía de la feminidad», como se permitió bautizar a su teoría, según la cual la mujer europea era «elegante, pero decadente y caprichosa», las asiáticas «brillan por su exotismo» y las argentinas «qué mujeres, amigo mío, qué mujeres las argentinas».

Acabados los cafés, ante un güisqui de malta y esgrimiendo un buen habano, el conde acabó por entrar en materia. «Bueno, bueno... no sabe cuánto me alegro de conocerle. Cueto me ha hablado de usted como un gran profesional y estoy seguro de que entre todos haremos un gran trabajo. Porque para mí este proyecto es muy importante, sí, señor. No sabe usted hasta qué punto. Porque ha de saber usted que a mí se me ha calumniado con las acusaciones más viles y las mentiras más rastreras; las que me han llevado a distanciarme de mi hijo, que es lo único que en realidad me importa en este mundo. Con este proyecto pienso poner las cosas en su sitio, de tal manera que las personas que me han atacado y difamado lamentarán haberlo hecho; porque, eso sí, vamos a decir la verdad más absoluta y rotunda, no nos vamos a callar nada», y todo ello lo soltó el conde de carrerilla, como en unas declaraciones ante la prensa rosa, sin perder la compostura con una contenida indignación de melodrama.

Ya levantándose, y mientras me tendía la mano con gesto de patricio romano, esbozó un plan de trabajo: «Organizaremos una presentación del proyecto, con la prensa, para que se sepa, y se preparen. Cueto le avisará. Mientras, usted

vaya elaborando el material de que ya dispone; pronto tendremos que organizar sesiones de trabajo. En fin, encantado de haberle conocido. Estaremos en contacto».

Y se fue. En total, a lo largo de la hora y media que duró aquella comida yo me había limitado a asentir, corroborar, mostrar mi acuerdo... El conde había acaparado la conversación, el monólogo, más bien, y yo me había ido quedando rígido en mi silla, comiendo al tiempo que me dejaba llevar por la disertación sin apenas intentar interrumpirlo.

Después de que Brodsky se fuera y Cueto pagase la cuenta. «Es la tarjeta de la revista», me aclaró mientras guardaba la factura en su cartera, salimos andando, tranquilos los dos, en una charla amigable, como en otros tiempos. Cueto cambió al rol campechano y desenfadado al tiempo que ponía a parir al conde:

—El fulano tiene cojones. ¡Menudo fantasma!, «estoy entusiasmado con este proyecto» —parodió Cueto con voz de falsete—, ¡y qué manía de llamarle proyecto a todo!

—Contaminación empresarial —aventuré.

—¡Quiá! —cortó Cueto tajante—, lo que pasa es que todos estos tíos del famoseo son unos fantasmones, todo lo tienen que inflar: si echan un polvo «es un romance», si tienen una bronca «es una tragedia»... y luego son de lo más mediocre, de una mediocridad mezquina y pazguata. Ay, Carlitos, no sé si hago bien metiéndote en esto. ¡Ya te digo! Porque tú vales para otras cosas; de momento, para superar el bache... pero no te apoltrones, que como te apoltrones en este mundillo ya la has *cagao*... Venga, te invito a un güisquito en casa.

Y me fui con él, el Cueto de antaño, del que no te podías fiar, con sus mañas y tretas de siempre.



4

La historia de la relación entre mi padre y Cueto podría contarse. Pero puede verse, más diáfana, a través de una serie de fotografías que he seleccionado de entre las muchas que había en un cajón del despacho que fue de mi padre. La primera está tomada en el patio de la universidad, en un día gris plomizo de principios de los 60. En ella, un grupo de estudiantes posa alrededor del afamado profesor que, rígido, con formalidad británica, sobresale por su estatura. Todos miran a la cámara con gesto solemne al tiempo que feliz, sintiéndose parte de un grupo unido por un vínculo especial, casi místico, ese espíritu que sabía imbuirles mi padre a sus alumnos de Literatura Medieval. Solo uno, en una esquina, esmirriado de cuerpo, adornado con pretencioso bigotillo y tupé al uso, mira con recelo hacia el profesor. En este Cueto, aún adolescente, ya se reconoce ese don para la manipulación que le ha llevado a ser lo que hoy en día es. Esa mirada escrutadora que dirige hacia mi padre desde la esquina, oculto por los otros compañeros de promoción, es esa forma de mirar, tan sibilina que, amparada en una careta de cordialidad y entrega absoluta, analiza al otro con la sistematicidad implacable de un escáner, hasta dar con el punto débil. Luego se limitará a tirar de ese hilo, a explotar esa debilidad exacerbándola en la dirección adecuada, en su propio beneficio, hasta que se agota y, entonces, se deshace de ella. Varios de los estudiantes que aparecen en esa misma foto llegaron a ser, con el tiempo, de una u otra manera,

víctimas de ese Cueto que lidiaba por entonces sus primeras armas en vileza y mezquindad. Uno de ellos, el tercero a la derecha de mi padre, aseguraba años después que, una noche de borrachera, Cueto le robó el tema de la tesis; otro, un calvo prematuro que en esta foto aparece arracimado en el grupo de detrás del profesor, aseguró mil veces, mientras hubo quien le escuchase, que perdió una plaza de ayudante por cierta información que Cueto había hecho llegar a oídos de un catedrático. Ahí está el ejemplo de mi padre, más obvio por lo patético y por lo catastrófico.

Y sí, mi padre conoció a Cueto en la universidad, como un alumno que, sin ser brillante, pronto destacó por sus buenos resultados. Mi padre se sirvió de él como ayudante y le consiguió sus primeros trabajos; correcciones de estilo, alguna traducción... Y, poco a poco, Cueto se fue haciendo imprescindible: una especie de secretario que mantenía organizada la avalancha de proyectos que mi padre iniciaba con pueril entusiasmo.

La segunda foto retrata casi al mismo grupo de personas, en esta ocasión están sentados ante una mesa que aún presenta los restos de una cena. Los platos con restos de un succulento postre, las copas en las que queda algo de champán, las tazas de café ya vacías frente a cada comensal; las copas de brandy o güisqui que muchos de ellos sujetan entre los dedos, que se adivinan nerviosos, tensos; los puros que varios sostienen nos indican que se trata de una celebración. Pero todos están tristes, cariacontecidos. Es la cena que ofrecieron a mi padre sus alumnos más queridos, los que más le adoraban y a los que más interés él dedicaba, cuando fue despedido de su cátedra por «actividades contra el régimen», como se decía entonces. Cueto está entre ellos, cerca del maestro, pero a distancia prudente, se le ve además inquieto, tal vez barrunta sobre las posibles consecuencias que puede llegar a tener por estar ahí sentado y salir en esa foto. En los meses que precedieron a la expulsión de mi padre

de la universidad, Cueto, durante el día, en la facultad, se mantenía distante, evitaba a mi padre por los pasillos y no se acercaba por el despacho; pero pasaba casi cada noche por casa a comentar los sucesos y rumores del día. «Pura estrategia», comentaba mi padre al recordar aquellos años. «Si hubiera manifestado abiertamente su afinidad conmigo hubiera quedado en una posición incómoda... Era más útil mantener esa distancia y seguir teniendo a alguien dentro». Y así, con el beneplácito del maestro, Cueto hizo su curso de prácticas en nadar y guardar la ropa.

La tercera fotografía está tomada en un destartalado almacén del Pueblo Nuevo. En él se ha despejado un amplio espacio sobre el que se han situado planchas de cartón que imitan casas, árboles... varios petates de soldado diseminados por el suelo. Son los decorados del fallido intento de representar *Escuadra hacia la muerte* que mi padre y algunos de los alumnos de la primera fotografía llevaron a cabo por esos años. Varios de ellos, vestidos de soldado, descansan tumbados en el suelo o sentados sobre las cajas del almacén. Mi padre, de pie, con gesto entusiasta y una pipa en la boca, observa con manifiesto orgullo los humildes decorados. A su lado, Cueto, con el aire desconfiado de siempre, mira hacia los actores, a buen seguro intenta escrutar lo que de su actuación podrá criticar. Y no solo en esa ocasión; en todas las aventuras culturales en que mi padre se embarcó por esos años; del sesenta y ocho hasta que lo metieron preso, Cueto siguió siendo el ayudante dócil y práctico, el complemento ideal del «genio» que parecía ser mi padre entonces. Fundaron revistas precarias, clandestinas; grupos teatrales a cuyos estrenos solo asistían los amigos de siempre, si es que no aparecía la policía con las porras en ristre; organizaron debates y mesas redondas, convencieron a editores para publicar colecciones de la más rabiosa actualidad, «Lo que se lleva ahora, fuera de aquí, claro». Mi padre paría la idea, daba la cara y la inspirada retórica que le daría cuerpo y

espíritu. Cueto iba detrás, negociando y regateando, colgándose las medallas al tiempo que se comprometía poco. Y, al mismo tiempo, medraba en la universidad: con su tesis —la robada en noche de borrachera—, ya casi acabada, había logrado una plaza de profesor ayudante que completaba con trabajos para la prensa, y cada vez se iba situando más, cada vez más gente le debía un favor.

La cuarta foto es casi contemporánea de la anterior. Podría llamarse *Retrato de familia con paella*. En efecto, en una terraza con vistas al mar, una mañana soleada de verano, una mujer de mediana edad en traje de baño, esbelta, con una naturalidad que la hace elegante incluso en una situación tan informal como esta, rodeada de niños también en bañador: mis dos hermanas mayores, Elena y Julia, mi hermano Gabriel y yo mismo, enseña, con un orgullo un tanto jocoso, inclinándola ligeramente para que se vean bien los ingredientes, una paella justo antes de apoyarla en la mesa y que toda la «tribu», así se refería mi padre en tono de broma a nuestra familia, se lanzase a devorarla. Mi padre no sale, fue él quien echó la foto ese día, pero su presencia se adivina por el brillo en los ojos de los que le mirábamos. Solo Cueto, detrás de mi madre, ladeadas la cabeza y la vista con conveniencia, observa el entorno con desconfianza. «El pobre Cueto», decía mi padre cuando comentaba esta u otra de las muchas fotos similares que hizo durante los veranos de mi infancia. «Siempre con esa cara de estar de más. ¡Es que Cueto es un tímido como hay pocos!», añadía como revelando un gran secreto. Ahora sé que esa mirada, ese gesto no eran producto de la timidez. Era la pose del observador sistemático, del analista que, concentrado a distancia para tener más perspectiva, registra los datos relevantes para poder determinar su línea de actuación. Durante los años azarosos, cuando mi padre, expulsado de la universidad, tuvo que aceptar cualquier trabajo, hasta dio clases en una academia de bachillerato nocturno, y mi madre tuvo que volver a

ser dependienta, Cueto, además de colaborador de mi padre en sus mil y un proyectos, se había convertido en un amigo de la familia que nos visitaba con cierta frecuencia, e incluso pasaba alguna temporada en verano con nosotros, en el mismo apartamento o en otro próximo. Le recuerdo incluso llevándome a un cine al aire libre junto con mis hermanas y mi hermano, y comprando helados para todos. No conocíamos otros amigos suyos ni supimos que tuviese alguna novia; eso sí, conocía a mucha gente, pero eran relaciones de trabajo; contactos, que diríamos hoy en día. En la época en la que esta foto se hizo, Cueto estaba a punto de disponer de todos los datos, a punto de iniciar su singladura en firme.

La quinta, más que una foto es un mosaico de pequeñas fotos, las de las fichas policiales de mi padre y sus compañeros; varios de sus exalumnos y gente del mundo editorial, al ser detenido en 1.974, el grupo que llevaba una revista, tan precaria como las anteriores, pero un poco menos clandestina. En este grupo Cueto brilla por su ausencia, y esa es la primera gran ola que Cueto supo esquivar, o encauzar en la dirección que le convenía, aunque mi padre nunca se atrevió a sospecharlo. El resultado fue: todos dentro de la Modelo y Cueto fuera, a cargo de todo. Si alguien de dentro quería algo, se lo pedía a Cueto; si alguien de fuera quería comunicarse con alguien de dentro, Cueto era el medianero. Y así se familiarizó con la sensación de saberlo todo, de organizarlo todo y de llevarlo por donde le convenía. Y aún no ha perdido esa costumbre.

La sexta foto presenta a un Cueto triunfal, pletórico de éxito, con el primer atisbo de la que llegaría a ser su característica tripa. Está de pie, trajeado, en primera fila, ante un micrófono en el atrio de la universidad, dispuesto a recibir con los honores merecidos a mi padre en el seno de la docta institución cuando la universidad ya democrática volvió a ofrecerle la cátedra que nunca debió quitarle. Y aquí ya pareció que Cueto era el maestro y mi padre el discípulo.

Siempre he pensado que esta fue la primera vez que mi padre le pidió un favor a Cueto, de ahí el triunfalismo y la autocomplacencia que este muestra en la foto.

Pero mi padre, cuando regresó a la universidad ese año de 1.976, no era ya ni la pálida sombra de lo que había sido antes de abandonarla a la fuerza. Los escasos meses que tuvo que pasar en prisión minaron su salud física y su «resistencia moral al ultraje de este régimen», como solía calificar su enfrentamiento desafiante al franquismo. Y ahora, pese a la desaparición del dictador y la recuperación de la libertad, la energía que le había llevado a todos esos proyectos, que le había ganado un nombre entre esos círculos de intelectuales ingenuos y entusiastas, esa energía se le había agotado y apenas era capaz de preparar unas clases semidecentes. En esos momentos, Cueto supo darle al mundo la imagen de un discípulo agradecido, de un amigo «para lo que haga falta». Y apoyado en esa imagen se encumbró, más aún, y mi padre se hundió, así de sencillo.

La foto que falta ha salido en la prensa, es la del entierro de mi padre, con capilla ardiente en el paraninfo de la universidad. Y, cómo no, Cueto preside el duelo, junto a mi madre, mis hermanos y yo. Ese día, tal como se refleja en la foto, Cueto me apoyó la mano en el hombro, y, por decirlo de algún modo, la mantuvo apoyada mucho tiempo.

5

La presentadora de rostro deslumbrante y sonrisa impecable, con toda cordialidad anunció: «el mundo de la *jet* se vio sorprendido ayer noche al anunciar el conde Brodsky la próxima publicación de sus memorias. Sandra Montero nos informa desde la sala de fiestas Los Madroños».

Y ahora, ante la puerta de la sala de fiestas, la otra presentadora, más joven, más informal y con un aire más dinámico, meneando la melenita ondulada: «La conocida sala de fiestas Los Madroños, fue el lugar elegido por el conde Brodsky y la revista *Ahora* para anunciar la próxima publicación de las memorias del conocido galán. Al acto, en el que se sirvió un *buffet* frío, asistió lo más granado del mundo de la moda, el cine y la música. La presentación del proyecto corrió a cargo de Anselmo Cueto, director de la revista. A continuación, el conde presentó al periodista y documentalista Carlos Orgaz, que colaborará con él en el proyecto. Brodsky resaltó que no solo iba a hablar de su vida sentimental, sino también de su actividad como directivo de multinacionales y como hombre de negocios. Eso sí, piensa decir toda la verdad. Más de una ya puede empezar a inquietarse». Y aquí la periodista esbozó una sonrisa que podía llegar a parecer maliciosa, y que enseguida fue sustituida por una ráfaga de primeros planos de mujeres. ¿Modelos?, ¿actrices?, ¿famosas a secas? Los carteles a pie de pantalla corrían demasiado. Mujeres guapas, mujeres con *glamour*; que glosaban: «A mí me parece muy bien que Ricardo quiera

explicar su verdad», y aquí con cara avinagrada: «pero a ver qué verdad explica, porque todos tenemos nuestra verdad» o, por ejemplo: «Brodsky hace muy bien porque se le ha calumniado mucho», sonrisita, «hace muy bien»; y otros varios: «hace muy bien», y algún que otro: «que vaya con ojo».

Y sí, ahí estábamos todos: el conde, Cueto y un servidor. Todos con cara de gente seria, como si estuviésemos hablando de algo importante. «¡Toda la verdad!», lo dijo con una rotundidad y una firmeza digna de mejor causa, y después se quedó quieto, casi hierático, luciendo el perfil griego. En ese momento le pilló la cámara un plano fijo.

«Pero no todas reaccionaron con tanta ecuanimidad», reanudó la periodista, ahora ya con tono de mofa. Y entonces emitieron el momento culminante. Estaba aún el conde con su perfil griego, estábamos Cueto y yo con ese aire de gente seria y sesuda del que hablábamos, y sonó el golpe. En la tele pareció un estruendo, en directo no pasó de ser un simple ruido sordo, y apareció el torbellino. Otra mujer; modelo, o actriz, a saber. Airada, tropezando, gritando y repartiendo bolsazos a los seguratas que intentaban contenerla. Tras el golpe, sus gritos: «Ricardo, como te atrevas... ¡Soltadme, gilipollas! Ricardo, eres un cabrón...». En la tele parecía un tumulto de comedia, hasta resultaba gracioso y simpático: Charlot escapando de los guardias. Pero allí, con el tumulto delante, la voz agónica que sonaba a resaca, el rímel corriéndose mejilla abajo... fue patético, simple y llanamente patético. El conde le contestaba indignado, más tieso que un senador de antaño defendiendo la causa de la república, gritos de: «Zorra, te vas a enterar de quién soy yo». Me quedé azorado, sin saber si socorrerla, humanitario, o aplaudir, cínico, ante el espectáculo. Me giré y allí estaba Cueto, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y una sonrisa mezquina en los labios. Al ver que le miraba susurró dirigiéndose hacia mí: «empieza el espectáculo». Y, en ese momento, lo vi como un diablillo, una especie de diablillo maligno y sarcástico.

6

A la salida de la sala de fiestas, cuando todo se había acabado y los de la tele ya se habían despedido, Cueto, como antaño, me invitó a un güisqui en su casa y emprendimos el camino que habíamos recorrido tantas veces más de diez años atrás, con una naturalidad que me hizo creer que no habían pasado esos años. Aquella noche estaba «filosófico-escéptico-desencantado», la costumbre me había llevado a poner etiquetas a las distintas poses de Cueto.

Nada más entrar en la destartalada sala de su casa, llena de libros empolvados y en desorden por las mesas, me indicó el sofá, en el que me senté, y empezó a servir dos güisquis con deliberada lentitud. En cuanto me alargó el mío, con poco hielo, como a mí me gusta —tiene memoria para los detalles, el muy cabrón—, se acomodó en su sillón favorito; uno muy destartalado, «de la abuela», me explicó una vez, y arrancó una filípica a medio camino entre el desencanto y la burla:

—En fin, Carlos, ya ves. ¡Menudo circo, el famoseo este! Vaya una panda de impresentables. El conde este es un sinvergüenza, un pedazo de engreído, estirado como un pavo, parece que está en una nube. Y luego... ¡de qué! De haberse tirado a cuatro histéricas tan pretenciosas como él. Te digo una cosa, si esas memorias las escribiera yo sin ataduras, sin compromisos, el muy gilipollas no volvía a levantar cabeza. Si nos ha organizado cada numerito. Es de los que con tal de venderte una exclusiva se montan lo que sea. Sacan hasta la

abuela. Ya ves la que montó con el hijo...

Yo no sabía qué había montado Brodsky con su hijo, pero le dejé hablar, sabía que no quería interrupciones.

—Y es que todo este mundillo, Carlitos, es pura bazofia, unos histriones que se pavonean magnificando sus miserias. Si vieras lo que llegan a hacer algunos, ¡y algunas!, por salir en las revistas. ¿Sabes que una famosa nos convocó para anunciar que estaba embarazada... y se había puesto un cojín debajo del vestido? ¡Ya te digo...! Todos, pero todos, unos vanidosos. Todo el día protestando de que si la intromisión en la vida privada y luego, a la que no salen, se ponen a rabiar. Y todos son unos mediocres. Ni uno, pero es que ni uno, tiene una idea. Y no ya una idea original, no, una simple idea coherente. Si vieras, a veces parece que con tres o cuatro artículos ya tendríamos hechos los números de todo un año. ¡No habría más que ir cambiando los nombres y las fechas!: uno para cuando dos empiezan a salir: «es el amor de mi vida, he encontrado la felicidad absoluta, nos compenetramos de maravilla», otro para cuando se separan: «somos incompatibles, me ha hecho mucho daño». Los natalicios, las bodas... Bah.

Se había puesto de pie con la excusa de traer más hielo y ya no se había vuelto a sentar, seguía perorando, con gesto pesimista, moviendo el güisqui como si fuese una batuta con la que orquestar su desencanto.

—La verdad, chico, estoy más que harto. Si no fuera porque a mis años ya pocas cosas sé hacer, lo enviaba todo a la mierda y me dedicaba a cualquier cosa. Pero nos ligamos a cosas, tenemos gastos. ¡No podemos cortar así de golpe!

«Yo lo tengo mucho más fácil que él», pensé imaginando la nómina de Cueto como director de *Ahora*, y comparándola con lo que yo podía llegar a ganar.

—Y no te creas. Tú dirás que te he hecho un favor consiguiéndote este trabajo pero ¡de qué!, yo hasta siento reparos por meterte en este mundillo. Sí, sí... se gana pasta, de

acuerdo, pero es que te mueves entre la bazofia. Y al cabo, ¿de qué va todo el rollo? ¡El público! El público, que son una partida de imbéciles. Yo no sé qué le pasa a la gente, pero está ávida de vidas ajenas; sí, solo eso: la gente quiere husmear las vidas de los otros. ¡Pero no una vida cualquiera, no! —Aquí Cueto hacía un histriónico ademán emulando un péndulo con su güisqui—. El público quiere vidas de relumbrón: mucho *glamour*, abrigo de pieles, vacaciones de lujo y folleteos a porrillo. ¿Qué quieres? Antes eran los folletines, luego las radionovelas. Y ahora, las mierdas de vidas de los famosos. En fin, ¿más güisqui?

En vez de responderle le increpé:

—¿Y ese numerito de hoy?, ¿a qué ha venido?

—¿Lidia? Je, es muy temperamental.

—¿Lidia qué?

—Lidia no sé cuántos —contestó con brusquedad—. Tú no la conoces porque no estás en esto. Pero si le preguntas a cualquiera quién es Lidia, sabe a quién te refieres. Quedó finalista en uno de los primeros *reality shows*. Desde el principio fue de numerito: se lio con todos los participantes masculinos; así, uno por uno. Luego los ponía a parir y pasaba al siguiente. Cuando se acabó el programa salió en pelotas en una revista, asistía a fiestas y estrenos, estaba cada dos por tres en la tele. Suelta unas animaladas que la gente se está toda una semana comentándolo. Se ennovió con algún que otro famoso, el conde el más destacado, se rumoreó que iba a iniciar una carrera como actriz, pero nada, a lo sumo algún anuncio. Es de armas tomar, y no se corta ante nada. Una vez vino a proponerme una exclusiva, si enviábamos un fotógrafo a tal sitio tal día la veríamos con el novio de tal otra en pose acaramelada. Bueno, yo ya tenía el número de la semana casi montado, no me interesó mucho. No veas, sin mediar palabra, se me planta delante y empieza a desnudarse. ¡Allí, en medio del despacho! Y cuando le paro los pies me pregunta si soy maricón. Así, a lo bestia. Por ahí se